

Las posteriores discusiones en el seno de la teología católica, ya barroca, sobre la relación entre naturaleza-libertad y gracia (la famosa controversia «*de auxiliis*», entre jesuitas y dominicos), o entre lo «natural» y «sobrenatural», la bienaventuranza del hombre como su fin más propio y el alcance del pecado, protagonizados por nombres como Cayetano, Francisco Suárez, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Belarmino o Bayo, entre otros, no harán sino ahondar en tal debate⁵⁵. A mi juicio, estamos ante una cuestión fundamental que sólo puede ser abordada, en realidad, desde una clave puramente relacional. No somos islas. Crecemos en relación. Quien se arriesga a amar sabe bien que su libertad no se afirma frente o contra la persona amada, sino «en» la persona amada, con ella, de su mano.

4 A modo de conclusión

Termino como empezaba: somos enanos encaramados a hombros de gigantes. La teología de los s. XV-XVI fue hija de su tiempo. No se agota ni mucho menos en lo abordado. Quedan muchos temas pendientes: entre ellos, por ejemplo, cómo afectaron los descubrimientos geográficos a la teología o el desarrollo de la teología americana del s. XVI. Muchos de los temas planteados entonces fueron recogidos siglos más tarde por el Vaticano II y gozan hoy de plena actualidad: el retorno a las fuentes, la centralidad de la Escritura, la significatividad vital y existencial de la teología, la necesidad de reforma (hoy hablamos de conversión, renovación, pastoral, personal, comunitaria) y, en especial, la posible relación entre Dios y el hombre. Creemos en un Dios que no es ni caricatura ni capitulación de lo humano, sino su vida y libertad más propia; un Dios que, en contrapartida, tampoco es ni creación ni proyección nuestra, sino el Dios que nos sale al encuentro en Jesús. En Él, como dirá Calcedonia, lo divino y lo humano se abrazan, sin anularse y sin negarse.

⁵⁵ Cf., al respecto, la síntesis ofrecida por L. Ladaria, 'Naturaleza y sobrenatural' en B. Sesboué (dir.), *Historia de los dogmas II. El hombre y su salvación*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1996, 281-308, y, en especial, 293-308, con la bibliografía allí indicada.

El sentido de la Utopía

Rev. Aragón. Teol. 45 (2017)

José M^a Andreu

Mi Amado, las ínsulas extrañas

1. EL HOMBRE, SER UTÓPICO

Ernst Bloch (1885-1977), el místico de la esperanza, en su primera obra *El espíritu de la utopía*, publicada en 1918, presenta al hombre como un ser utópico, que aún no ha encontrado el verdadero *topos* de su humanidad. El ser verdadero del hombre es lo utópicamente inexistente, no se ha realizado todavía y no se presenta más que en el porvenir. Vivimos en permanente inacabamiento que él denominó “melancolía del cumplimiento”. El *homo viator* tiene ante sí una imagen soñada de lo que debe llegar a ser. Somos mera posibilidad que cada día experimenta el propio proyecto utópico. Como ser utópico, el hombre nunca ha nacido del todo, tiene el trabajo de engendrarse nuevamente, o esperar ser engendrado: de ahí su arriesgada constitución. La célula embrional de este pensamiento escatológico es “el aún no” y sus categorías cardinales son: posibilidad, proceso, sueño diurno, *Novum*, utopía, esperanza.

Existe en el hombre una “conciencia anticipadora” o utópica que dirige la mirada a una vida social futura todavía no existente. Se manifiesta en la tensión, en la permanente búsqueda de lo nuevo, de lo sin fronteras, en la protesta contra las situaciones de hecho, en la expectativa, en los sueños de una vida mejor o, expresado en categorías bíblicas, en “el nuevo cielo y la nueva tierra” y en la realidad de la promesa: “Todo lo hago nuevo” (Ap 21, 5).

La apertura del hombre a un futuro auténticamente nuevo depende de su fantasía o imaginación soñadora que no se encierra en ninguna imagen. La imaginación, más que la facultad de formar imágenes, es la facultad de deformar las imágenes suministradas por la percepción y, sobre todo, la facultad de librarnos de las imágenes primeras, de cambiar las imágenes. Si no hay cambio de imágenes, no hay acción imaginante. El vocablo fundamental que corresponde a la imaginación no es imagen, es imaginario. El valor de una imagen se mide por la extensión de su aureola imaginaria. Gracias a lo ima-

ginario, la imaginación es esencialmente abierta, evasiva. Facultad dinámica o dinamizante, la fantasía o imaginación creadora es en el espíritu humano la experiencia misma de la apertura y de la novedad. Con ella abandonamos el curso ordinario de las cosas. Imaginar es ausentarse, es lanzarse hacia una vida nueva. El auténtico viaje de la imaginación es el viaje al país de lo imaginario.

La utopía es una manifestación perdurable del espíritu humano. Las casi cinco mil utopías existentes prueban el impulso utópico creador que hay en el hombre. En su obra fundamental *El principio esperanza* (1954-1959), Bloch ha logrado recopilar multitud de sueños humanos diurnos, de pequeñas y grandes esperanzas de dicha y de vida realizada y especialmente las utopías sociales que impulsan a la historia, entretreídas con las utopías médicas, las utopías técnicas, las utopías arquitectónicas, las utopías geográficas, hasta llegar a los paisajes desiderativos representados en la pintura, la ópera, la literatura y la Sabiduría. En la cultura occidental se vio lo utópico situado en la Alta Antigüedad, al comienzo de los tiempos. Con las descripciones de “la raza de oro” se inicia la leyenda de la “Edad de Oro”. Con Píndaro, con sus islas, la utopía pasa del pasado al presente. Aparecen dos invariantes muy reiteradas: la de la isla y la de la lejanía. En la segunda mitad del siglo XVIII, con la Ilustración, aparece una nueva visión de la utopía. La Utopía deja de estar localizada en un lugar imaginario e ignoto para situarse en un futuro histórico más o menos próximo. La Utopía pasa de ser un *topos* para convertirse en un tiempo, en *eucronía*, ese futuro ideal del que se está seguro que se alcanzará algún día. Estas ideas inspiraron las utopías desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, las llamadas utopías del “tercer ciclo”.

Con la declaración de la independencia americana y la Revolución francesa en 1789 comienza en Europa la “era utópica” de las utopías sociales y de las utopías jurídicas. Con la Ilustración aparece la creencia del progreso indefinido. Ese progreso logrará una producción ilimitada y, por consiguiente, un consumo ilimitado que nos dará la felicidad. La Trinidad “producción ilimitada, libertad absoluta y felicidad sin restricciones”, forman el núcleo de una nueva religión: el Progreso y una nueva Ciudad terrenal del progreso reemplazaría a la ciudad de Dios.

El proyecto moderno funcionó como la oferta de sentido secularizado, una vez suplantada la religión como dadora de sentido. Las grandes utopías sociales, los grandes discursos tan característicos del siglo XIX, eran la secularización de la escatología cristiana. Marx tildó al socialismo de Owen, Saint-Simon y Fourier de utópico, queriendo significar con ello que era irrealizable y acientífico, es decir, no arraigado en la realidad histórica. Éste era su juicio sobre ellos, aunque destemplado, esencialmente correcto: “todavía sueñan con la realización experimental de sus utopías sociales, con encontrar aislados falansterios, con establecer colonias o fundar una pequeña Icaria —ediciones de bolsillo de la nueva Jerusalén— y para construir esos castillos en el aire se ven obligados a apelar a los sentimientos y a los bolsillos de los burgueses”.

Con el ocaso de la Edad Moderna fue liquidado el proyecto de la modernidad. El sueño de la política mundial que se imaginaba un nuevo mundo y una nueva era, el disfrute de los derechos humanos y de la dignidad humana para todos los hombres, quedó desmentido por las dos guerras mundiales que se produjeron en el siglo XX. Auschwitz e Hiroshima son los nombres para el fin de este sueño mesiánico del mundo moderno.

Ante la ausencia de posibles salidas una melancolía suave y desencantada recorre los espíritus. Nada presenta la perspectiva de un mundo en el que reine la esperanza. En esta era del vacío para la mayoría, Bloch, pensador de su época y de lo que se sale de ella, rehabilitó el concepto de utopía bajo la forma de utopía concreta. Hay una fuerza, arraigada en el corazón del hombre, capaz de superar miedos y obstáculos. En su obra *Herencia de una época* (1935) distingue dos clases de utopías: se dan *utopías abstractas*, cuyos proyectos se desligan por completo de la realidad presente y de sus posibilidades abiertas y *utopías concretas*. Las Utopías concretas no juegan con posibilidades irreales, sino con posibilidades reales inscritas en la naturaleza y en la sociedad y por lo tanto no pueden reducirse nunca a puras ilusiones. Ponen a descubierto el futuro del que el presente está grávido. Corresponde a la teoría-praxis de la utopía concreta conducir a la realidad hacia su estado perfecto.

En *El principio esperanza* toda su reflexión sobre la utopía es al mismo tiempo una meditación sobre la esperanza. "El contenido del acto de esperanza es la función utópica positiva; el contenido histórico de la esperanza es la cultura humana referida a su horizonte utópico concreto"¹. El hombre está habitado por el principio-esperanza, que constantemente suscita en la humanidad utopías de superación y anhelos de felicidad total. El hombre camina en la historia tras de sí mismo enredándose en su esperanza, ensoñándose, inventándose a veces; siente nostalgia por una existencia sin precariedad, a salvo de toda contingencia. Es el *ésjaton* final que los mitos y las religiones describieron como la edad dorada y que los humanismos encerraron en la palabra utopía. La realización de la plenitud es inviable en la historia; como entrevió la escatología judeocristiana acontecerá solo en la metahistoria. Bloch describe el futuro definitivo, el *Novum ultimum*, el *summum bonum*, diseñado por las utopías, con un lenguaje muy cercano al de la escatología bíblica: "el reino de la libertad", "un mundo sin engaño", "una felicidad como no la hubo jamás", "el cielo en la tierra", "el mundo como hogar", "la patria de la identidad", "la nueva tierra".

2. LA UTOPIA CONCRETA DEL REINO DE DIOS

Bloch, en la primera página de *El principio esperanza* insiste en que es "necesario aprender a esperar" y se extraña de que "la esperanza permanezca casi tan completamente inexplorada como la Antártida". Péguy (1873-1914) denunciaba que la esperanza había sido en la reflexión teológica la pariente pobre entre las virtudes teologales. En su famoso poema *El pórtico de la*

¹ Bloch, E., *El principio esperanza* I, 135-136.

segunda virtud, dedicado a la esperanza, aparece Dios admirándose de ella: “esta pequeña esperanza que no parece nada pero que pone el mundo en movimiento y lo empuja hacia adelante”. La pequeña niña esperanza, juguetona y, al parecer, despreocupada, camina de la mano de sus dos hermanas mayores: la fe y la caridad. En el poema Dios se pregunta si son ellas las que guían a la pequeña o es la esperanza la que arrastra a la fe y a la caridad.

De la mano de la esperanza cristiana – y de S. Juan de la Cruz – nos acercaremos al misterio del *Deus absconditus* para vivir la gran utopía. “Llegaremos a Él por ínsulas extrañas”, es decir, “por extrañas noticias de Dios y por modos y vías extrañas y ajenas de todos los sentidos y del común conocimiento natural”, como queriéndole obligar a que “Él se nos comunique también en tan interior y subido grado, que sea ajeno de todos ellos”².

Dando vía libre a nuestro esperar, preocupándonos más “en lo que está por ganar que en lo que tenemos ganado”, daremos alcance a la caza. De extraña manera nuestra esperanza de cielo nos hace volar muy alto³. “Si habéis resucitado con el Mesías, buscad lo de arriba; estad centrados arriba, no en la tierra” (Col 3, 1-2). “Elevada la mente en lo alto, como el pájaro solitario en el tejado” (Sal 108, 2)⁴, “subiremos a Dios por muy altas y levantadas noticias de la Divinidad y por excesos de amor muy extraños y extraordinarios de los que ordinariamente se suelen tener”⁵; recibiremos esas noticias de Dios que por el otero asoma⁶. Adentrándose en el misterio divino el alma “entiende secretos e inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben”⁷. Siempre podemos conocer y vivir dimensiones nuevas del misterio cristiano, pues “hay mucho que ahondar en Cristo: porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes van en cada seno hallando nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá”⁸. Dios tiene “otros infinitos atributos y virtudes que no conocemos”⁹.

En nuestro vuelo alto y ligero también iremos descubriendo aspectos maravillosos del misterio del *homo absconditus*, nunca presentidos antes: el hombre recibe “muchas y grandes noticias de sí mismo, todas amorosas, para las que antes el sentido de su alma estaba oscuro y ciego”¹⁰.

Ir lejos, subir alto y adentrarse son lo mismo. La isla es un lugar apartado de lo habitual, una región diferente y, por lo tanto, otro mundo. La partida sobre las aguas nos arranca de algo que es nuestro suelo, nuestra casa, y nos permite tomar puerto en lo eterno. Nos da miedo remar mar adentro hasta llegar a la “isla de los bienaventurados y habitar allí disfrutando una entera felicidad,

2 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc. 19, 7”, en *Obras completas*, 817.

3 S. Juan de la Cruz, “Tras de un amoroso lance”, en *Obras completas*, 115-116.

4 S. Juan de la Cruz, “Puntos de amor. 120”, en *Obras completas*, 167. “Subida del Monte Carmelo. L. 2, 14, 11”, en *Obras completas*, 332. “Cántico B. Canc. 14-15, 24, *Obras completas*, 800.

5 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc. 19, 2”, en *Obras completas*, 815.

6 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc. 13, 10”, en *Obras completas*, 788.

7 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc. 14-15, 4”, en *Obras completas*, 791.

8 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc. 37, 4”, en *Obras completas*, 884.

9 S. Juan de la Cruz, “Llama de amor viva. Can c. 3, 2”, en *Obras completas*, 969.

10 S. Juan de la Cruz, “Llama de amor viva. Canc. 3, 1”, en *Obras completas*, 969.

libre de todo daño”¹¹. No puede realizarse nada grande sin el coraje de avanzar hacia los mares desconocidos. Sin pasión, no “entramos en los trabajos del espíritu, que son de más adentro... Mereceríamos que pusiese Dios los ojos en nosotros para purgarnos y limpiarnos más adentro por algunos trabajos espirituales más adentro, para darnos bienes más adentro”¹². Tenemos que perdernos de verdad donde no sabemos; para “amar a Dios como quiere ser amado debemos dejar nuestra condición”¹³. “En este camino, el entrar en camino es dejar su camino, o, por mejor decir, es pasar al término; y dejar su modo es entrar en lo que no tiene modo, que es Dios”¹⁴. Dios mismo “muda nuestras vestiduras viejas en *nuevas*, poniendo en el alma un *nuevo* ya entender de Dios en Dios, dejando el viejo entender de hombre, y un *nuevo* amar a Dios en Dios, desnuda ya la voluntad de todos sus viejos quereres y gustos de hombre, y metiendo el alma en una *nueva* noticia, echadas ya otras noticias e imágenes viejas aparte, ya haciendo cesar todo lo que es de hombre viejo, que es la habilidad del ser natural, y vistiéndole de *nueva* habilidad sobrenatural según toda sus potencias”¹⁵.

Mi Amado, las ínsulas extrañas

Oigamos a S. Juan de la Cruz: “en una fuerte y copiosa comunicación y vislumbre de lo que es Dios en sí y para el alma”, es percibido el misterio divino como “una ínsula extraña”. Y eso, “en infinita manera”.

Leamos el mensaje que nos lanza este navegante solitario desde la orilla de esta isla divina, remota y paradisíaca; “desde ese sosiego, levantado su entendimiento con extraña novedad sobre todo natural entender a la divina luz”¹⁶, nos declara: “Las ínsulas extrañas están ceñidas con la mar y allende de los mares, muy apartadas y ajenas de la comunicación de los hombres; y así en ellas se crían y nacen cosas muy diferentes de por acá, de muy extrañas maneras y virtudes nunca vistas de los hombres, que hacen grande *novedad* y admiración a quien las ve. Y así, por las grandes y admirables *novedades* y noticias extrañas alejadas del conocimiento común que el alma ve en Dios le llama *ínsulas extrañas*. Porque extraño llaman a uno por una de dos cosas: o porque se anda retirado de la gente, o porque es excelente y particular entre los demás hombres en sus hechos y en sus obras. Por estas dos cosas llama el alma a Dios aquí extraño, porque no solamente es toda la extrañez de las ínsulas nunca vistas, pero también sus vías, consejos y obras son muy extrañas y *nuevas* y admirables para los hombres. Y no es maravilla que Dios sea extraño a los hombres que no le han visto, pues también lo es a los santos ángeles y almas que le ven, pues no le pueden acabar de ver ni acabarán, y hasta el último día del juicio van viendo en Él tantas *novedades* según sus profundos juicios y acerca de las obras de misericordia y justicia, que siempre

11 Platón, “Gorgias (523c)”, en *Obras completas*, 409.

12 S. Juan de la Cruz, “Llama de amor viva. Canc. 2, 28”, en *Obras completas*, 958.

13 S. Juan de la Cruz, “Dichos de luz y amor. 59”, en *Obras completas*, 157.

14 S. Juan de la Cruz, “Subida del Monte Carmelo. L. 2, 4, 5”, en *Obras completas*, 300.

15 S. Juan de la Cruz, “Subida del Monte Carmelo. L. 1, 5, 7”, en *Obras completas*, 269.

16 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc. 14 y 15, 24”, en *Obras completas*, 799.

les hace *novedad* y siempre se maravillan más. Sólo para sí no es extraño ni tampoco para sí es *nuevo*¹⁷.

A zaga de estas huellas sanjuanistas discurramos más despacio por “la anchura y abundancia de sentido de esa comparación o semejanza para entender algo de los secretos misterios que quiso verter en esa extraña figura. Lo que de ello declaremos es lo menos que contiene en sí”¹⁸. He aquí lo que me sugiere cada palabra del verso

A: ÍNSULAS: *Dios no está en ningún lugar. Sin embargo, en Él nos movemos, existimos y somos.*

Para Dios “donde” no es un lugar. Él está donde no hay “donde”. Para poder saber donde está Dios, le preguntamos a modo de “no donde”: ¿dónde estás Tú? El lugar donde la Trascendencia se encuentra con la finitud no puede ser más que un lugar metafórico. Entendemos aquí la metáfora en el sentido etimológico y original de una “transferencia”, en la que la trascendencia se ofrece al encuentro del hombre, que la acoge libremente. Este lugar metafórico no es nunca imaginario, sino un lugar histórico, un acontecimiento, donde el Dios verdadero se encuentra con el hombre,

Al hablar de Dios el adverbio “donde” no nos sugiere un lugar, sino que nos remite a una persona. El Nuevo Testamento deslocalizó a Dios transfiriendo su morada desde el templo al cuerpo de Jesús. “Dios, la Plenitud total, quiso habitar en Él” (Col 1, 19). “La Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros” (Jn 1, 14). En la discusión con los dirigentes judíos cuando dijo que en tres días iba a levantar el santuario, “se refería al santuario de su cuerpo” (Jn 2, 14-22). Al comienzo de la vida pública, “a los dos discípulos que, siguiendo a Jesús, le preguntan: ¿Dónde vives? Les dijo: venid y lo veréis. Llegaron, vieron dónde vivía y aquel mismo día se quedaron a vivir con Él” (Jn 1, 37-39). Jesús vive en la esfera del Espíritu, que es la de Dios y que no puede conocerse más que por experiencia, entrando en ella. Al final, al despedirse de los discípulos, les dice: “ahora me marcho con el que me envió, pero ninguno de vosotros me pregunta adónde me marcho” (Jn 16, 5). Y les explica su itinerario vital: “salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y voy con el Padre” (Jn 16, 28). Desea que los discípulos “estén conmigo donde estoy yo” (Jn 17, 24), es decir, en la esfera de Dios y del Espíritu, gracias al nuevo nacimiento. Los discípulos son miembros de la familia del Padre: “en el hogar de mi Padre hay vivienda para muchos. Voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os lo prepare, vendré de nuevo, y os acogeré conmigo; así, donde estoy yo estaréis también vosotros” (Jn 14, 2-3). La humanidad de Cristo Resucitado queda como mediación única entre lo divino y lo humano. También nosotros, “construidos sobre el cimiento que es Jesús Mesías, somos edificio de Dios. El templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros” (1Co 3, 11. 17). Somos templo de Dios porque “somos cuerpo de Cristo” (1Co 12, 27).

17 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc. 14, 8” en *Obras completas*, 792.

18 Ideas de san Juan de la Cruz diseminadas en el Prólogo del Cántico espiritual (A), en *Obras completas*, 603.

Jesús es el camino que hay que recorrer para llegar a ese "lugar": "Yo soy el camino; nadie se acerca al Padre sino por mí" (Jn 14, 6). El cristiano sabe que para un encuentro verdadero con Dios existe un solo Camino: el Camino Viviente que tiene por nombre Jesucristo. La identificación progresiva con Jesús nos acerca al Padre, que no está materialmente lejos: el acercamiento al Padre es el de la semejanza con Jesús.

Cristo nos da "la llave para entrar en la casa del tesoro espiritual que se abre por la gracia del Espíritu Santo"¹⁹. A la samaritana "cuando le preguntó que cual era más acomodado lugar para orar, el templo o el monte, le respondió que no estaba la verdadera oración aneja al monte ni al templo, sino que los adoradores de los que se agradaba el Padre son los que adoran en espíritu y verdad (Jn 4, 23-24)"²⁰.

S. Agustín, recordando cómo buscaba a Dios, nos confiesa que "ve con claridad la obra de Dios, pero no puede ver a Dios mismo, el autor de esas obras". Y sigue buscando: "yo busco a mi Dios en las criaturas corporales, ya en el cielo, ya sobre la tierra, y no lo encuentro; busco en mí mismo su substancia y no la encuentro, pero, sin embargo, no dejo de proseguir, en mis meditaciones, esta búsqueda de mi Dios, y en mi deseo de ver se descubren a mi inteligencia, por medio de sus obras, las perfecciones invisibles de Dios; yo proyecto mi alma por encima de mí y ya sólo me resta llegar a mi Dios. Es en aquella región que sobrepasa mi alma donde está la morada de mi Dios, es allí donde Él habita, es desde allí desde donde Él me mira, allí donde me ha creado, allí desde donde me gobierna, desde donde me llama, desde donde me alienta, desde donde me dirige y conduce hacia el término"²¹.

Y se preguntaba: "¿Por qué ando buscando el lugar donde habitas? ¿Como si hubiera lugares allí! "Entonces ¿dónde te encontré para conocerte? Porque resulta que antes de conocerte no estabas aún en mi memoria. ¿Dónde pues te encontré para conocerte sino en ti sobre mí? Aquí no existen ni emplazamientos ni lugares. Nos apartamos y nos acercamos, pero aquí no hay ni asomo de lugar o espacio. Tú, que eres la verdad ocupas un puesto de preferencia en todas partes para responder a los que te consultan"²².

S. Bernardo nos ha dejado este delicioso testimonio de su experiencia personal: "Deseo contaros, porque a ello me comprometí, cómo me va a mí en este aspecto. Os confieso que el Verbo ha llegado también hasta mí y muchas veces. Y a pesar de esa frecuencia, alguna vez no lo sentí cuando entró. Sentí su presencia, recuerdo su ausencia; a veces incluso pude presentir su entrada, pero nunca sentirla, y tampoco su salida. De dónde venía a mi alma o a dónde se fue cuando la dejó de nuevo, confieso que lo ignoro incluso ahora mismo, según aquello: *No sabes de dónde viene y a dónde va*. Y no es extraño, porque lo dice Él mismo: *Y no queda rastro de sus huellas*.

19 Isaac de Nínive, "La oración", en *El don de la humildad*, 131.

20 S. Juan de la Cruz, "Subida del Monte Carmelo. L. 3, 39, 2", en *Obras completas*, 472.

21 S. Agustín, "Enarratio in Psalmum 41, 2-10", en *Obras completas*, XX, 16.

22 S. Agustín, *Confesiones*, X, 26, 344.

¿Por dónde entró? ¿No será más exacto decir que ni siquiera entró? ¿Que no vino de fuera? Porque no es algo que esté fuera de nosotros. Pero tampoco me vino de dentro, porque Él es bueno y yo sé que en mí no hay bondad alguna. Subí también por encima de mí mismo y allí estaba el Verbo en la cumbre. Bajé a mis propias profundidades como en curioso sondeo y allí lo encontré. Miré fuera de mí y descubrí que está más allá de cuanto me rodea; miré dentro y Él estaba aún más adentro. Entonces comprendí la verdad de lo que había leído: *En Él vivimos, nos movemos y existimos*. Feliz aquél en quien está Él, dichoso el que vive para Él y se mueve por Él²³.

S. Juan de la Cruz insiste en que al Amado lo encontramos en el Padre y en nosotros mismos: “el alma querellándose de la ausencia de Dios le dice ¿Adónde te escondiste? Y es como si dijera: Verbo, Esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido. En lo cual le pide la manifestación de su divina esencia, porque el lugar donde esté escondido el Hijo de Dios es, como dice san Juan, *el seno del Padre* (1, 18), que es la esencia divina, la cual es ajena de todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías, hablando con Dios, dijo: *Verdaderamente tú eres Dios escondido* (45, 15)”. Y más adelante, teniendo en cuenta que sólo el hombre, creado a su imagen y semejanza, ha de representar la imagen y figura de Dios en la tierra, escribe: “para que el alma sedienta venga a hallar a su esposo y unirse con él por unión de amor en esta vida según se puede le respondemos mostrándole el lugar más cierto donde está escondido, para que allí lo halle a lo cierto con la perfección y sabor que puede en esta vida y así no comience a vagar en vano tras las pisadas de las compañías. Para la cual es de notar que el Verbo, Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma”. E insiste: ¡Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado, para buscarle y unírte con Él! Ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que esté en ti, o, por mejor decir, tú no puedas estar sin él²⁴.

Nos enseña que “el templo vivo para orar es el recogimiento interior del alma. Para advertirnos esto, dijo el Apóstol: Mirad que vuestros cuerpos son templos vivos del Espíritu Santo, que mora en vosotros (1Co 6, 19); y a esta consideración nos envía la autoridad de Cristo, es a saber: a los verdaderos adoradores conviene adorar en espíritu y verdad (Jn 4, 24)”. Adaptándose “al modo de ser” de cada uno concede que “a los principiantes bien se les permite y aun les conviene tener algún gusto y jugo sensible acerca de las imágenes, oratorios y otras cosas visibles... Pero, para ir adelante, también se ha de desnudar el espiritual de todos esos gustos y apetitos en que la voluntad puede gozarse... Aquel lugar se ha de escoger donde menos se embarazare el sentido y el espíritu de ir a Dios²⁵. “Por tanto estando en el tal lugar, olvidados

23 S. Bernardo, “Sermones sobre el Cantar de los cantares. Sermón 74”, en *Obras completas* V, 930-931.

24 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc 1, 3. 6”, en *Obras completas*, 742. 743.

25 S. Juan de la Cruz, “Subida del Monte Carmelo. L. 3. C. 40. C. 39, en *Obras completas*, 473. 472.

del lugar, han de procurar estar en su interior con Dios, como si no estuviesen en el tal lugar"²⁶, porque "más decente lugar es el alma y más propio para Dios que ningún lugar corporal"²⁷. "Dios hace las mercedes cuando y como y donde quiere, sin estar asido a lugar ni a tiempo"²⁸.

No debemos pensar que porque hay caminos que nos llevan a Dios el Misterio divino está lejos. El camino no nos conduce desde un lugar donde no está Dios a otro en el que Él more. Con Dios sucede siempre lo que constataba Jacob: "Dios está en este lugar y yo no lo sabía" (Gn 28, 16). El camino conduce desde una situación en la que el hombre ignora la presencia de Dios a otra en la que toma conciencia de esa presencia y consiente a ella.

El principio del camino hacia Dios está en Dios mismo. "Dios mío, tu camino es santo" (Sal 77, 14). El Antiguo Testamento describe los designios de Dios como caminos y el conocimiento de Dios como seguir sus huellas, sus caminos o sus sendas. El israelita piadoso rezaba: "Indícame, Señor, tus caminos, enséñame tus sendas" (Sal 25, 4), pues "Bueno y recto es el Señor; por eso señala a los pecadores el camino; encamina con el mandato a los humildes, enseña a los humildes su camino. A quien respeta al Señor le indicará el camino que ha de escoger" (Sal 25, 7- 8. 12). "Caminar en presencia de Dios" (Gn 17, 1; 48, 15) es "seguir los caminos del Señor" (Dt 8, 6; 10, 12; 22, 2; Sal 81, 14). "Envía tu luz y tu verdad: que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada" (Sal 43, 3).

El misterio divino es simultáneamente inmanente y trascendente, próximo y lejano. Su presencia es discretamente una ausencia, permanece como lo más lejano en la más próxima proximidad, como la lejanía de la proximidad. Orar es entrar en la proximidad de lo distante. ¡Cuán lejos tengo que ir para encontrarte a Ti, en quien ya he llegado! "Cuando rezo con una atención absolutamente pura, a veces, ya las primeras palabras del Padrenuestro arrancan mi pensamiento de mi cuerpo y lo trasladan a un lugar más allá del espacio en el que no hay ni perspectiva ni punto de vista. El espacio se abre. La infinitud del espacio ordinario de la percepción es reemplazada por una infinitud a la segunda o a la tercera potencia. Al mismo tiempo, esa infinitud de infinitud se llena por entero de silencio, un silencio que no es ausencia de sonido, sino el objeto de una sensación positiva, más positiva que la de un sonido. Los ruidos, si los hay, sólo me llegan después de haber atravesado ese silencio"²⁹.

Aunque Dios alienta dentro del alma, conserva la lejanía de lo infinito, de lo inefable. Atraídos por Dios corremos hacia Aquel que está por encima de nosotros y en lo más profundo de nuestro ser. "Habitar en medio de la cercana trascendencia de Dios, ser amado por Dios mismo de tal manera que el primero y el último don sea la infinitud y la trascendencia misma, esto es aterrador

26 S. Juan de la Cruz, "Subida del Monte Carmelo. L. 3, 42, 2", en *Obras completas*, 475

27 S. Juan de la Cruz, "Subida del Monte Carmelo. L. 3. C. 42, 4", en *Obras completas*, 476.

28 S. Juan de la Cruz, "Subida del Monte Carmelo. L. 3. C. 42, 3", en *Obras completas*, 476.

29 Weil, S., *A la espera de Dios*, 43.

y bienaventurado al mismo tiempo. Pero no tenemos opción alguna. Dios está con nosotros”³⁰.

La búsqueda de Dios es ardua y difícil. “Nadie conoce las huellas de tus pasos” (Sal 76, 20). Debemos buscarlo de manera tal que no lo hallemos en ninguna parte. Dios se aproxima en la sombra de las cosas y de los tiempos de este mundo que pasa. “Si pasa ante mí, yo no lo veo; se desliza, y no lo advierto” (Jb 9, 11). Las formas de lo divino se sienten en la ausencia y a lo más se entrevén. En la “noticia oscura amorosa, que es la fe”, en la que tiene lugar el encuentro con Dios en esta vida³¹, tenemos “en medio de oscuros aprietos cierto sentimiento y barrunto de Dios, aunque sin entender cosa particular, porque, como decimos, el entendimiento está a oscuras”³². S. Juan de la Cruz, que habla constantemente de la “abisal y oscura inteligencia divina”, insiste en que “aunque sintamos subidamente de Dios” nuestro conocimiento es tan solo “vislumbre de lo que Él es en sí”³³ y las más altas comunicaciones “son como unas muy desviadas asomadas de Dios”³⁴, “un vivo viso entreoscuro e imagen de aquella perfección que totalmente es inefable”³⁵.

B: EXTRAÑAS: *Buscamos el rostro inalcanzable de Dios*

La experiencia de Dios lleva la marca y es el fruto de la búsqueda. No llegamos nunca a Aquel que está más cerca de nosotros que nosotros mismos. A nosotros se nos dirige el consejo incesante del evangelio: “Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá, pedid y se os dará” (Mt 7, 7) “porque no puede tenerse por cosa hallada la que se cree sin conocerla aún, ni se hace nadie hábil para hallar a Dios si antes no creyere lo que después ha de conocer”³⁶.

Los Salmos presentan a los creyentes como “los que buscan el rostro de Dios” (Sal 27, 8; 105, 4). Señor, Dios mío, “mi corazón te dice: yo busco tu rostro, Señor: no me ocultes tu rostro” (Sal 27, 8-9). “Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (Sal 41, 2-3). “Oh Dios, muestra tu rostro radiante y nos salvaremos” (Sal 80, 4). En la mayoría de los textos veterotestamentarios la expresión “buscar el rostro de Dios” tiene un sentido cultural, es el término del encuentro cultural. “El pueblo que sabe aclamarte caminará, Señor, a la luz de tu rostro” (Sal 89, 16).

¿Qué piensa un israelita cuando busca el rostro de Dios si no puede haber una imagen de Él? (Ex 20, 4). Dios es el no-retratable y, sin embargo, tiene un rostro. El rostro se aplica a un sujeto en cuanto tiene relaciones con los otros, en cuanto es sujeto de relaciones. También el nombre es un concepto de rela-

30 Rahner, K., *Dios con nosotros*, 35.

31 S. Juan de la Cruz, “Subida del Monte Carmelo 2, 24, 4”, en *Obras completas*, 377.

32 S. Juan de la Cruz, “Noche oscura 2, 11, 1”, en *Obras completas*, 546.

33 S. Juan de la Cruz, “Cántico B, 14, 5”, en *Obras completas*, 792.

34 S. Juan de la Cruz, “Cántico B, 13, 10”, en *Obras completas*, 788.

35 S. Juan de la Cruz, “Cántico B, 38, 4”, en *Obras completas*, 888.

36 S. Agustín, “De libero arbitrio II, 6”, en *Obras completas* III, 265.

ción. Dios revela su nombre y así puede ser llamado. S. Agustín resalta que el rostro de Dios es *su presencia*³⁷.

La "presencia de Dios" es el nombre con el que Dios se nombra a sí mismo en el Sinaí: *Yo soy el que soy*. Mucho se ha escrito sobre el origen, la pronunciación y el significado del llamado tetragrámaton, esto es, las cuatro letras hebreas YHWH. Algunos lo traducen por "Seré el que seré". Se realza así lo misterioso del nombre de Dios, lo inefable de él. Por otra parte, muestra la solicitud personal de Dios por su pueblo y la promesa de su presencia eficaz en la historia del pueblo. Dios se revela a sí mismo como un Dios del camino, como un Dios que guía a los suyos en una historia que no puede ser fijada de antemano, en una historia en la que Él se hará presente de manera no previsible y será incesantemente el futuro de su pueblo.

A Dios no lo vemos, pero lo sentimos. El alma está segura de gozar de la presencia de Dios, presencia oscura y encubierta que suscita en ella el deseo vehemente de verla: "cuanto más el alma conoce a Dios, tanto más le crece el apetito y pena por verle"³⁸. Cuando el alma no conocía ni amaba mucho a Dios le bastaban noticias remotas, una comunicación de Dios por resquicios, a través de unos medios, que es como comunicarse de burlas³⁹. En la medida en que crece la presencia divina, "pareciéndole al alma y sintiendo estar allí un inmenso ser encubierto, del cual le comunica Dios ciertos visos entreoscuros de su divina hermosura", enciende más y centra el deseo que expresa con violencia amorosa: *Descubre tu presencia,/ y máteme tu vista y hermosura;/ mira que la dolencia/ de amor, que no se cura/ sino con la presencia y la figura*. "No hay cosa que pueda curar la dolencia del alma sino la presencia y vista de su Amado; por eso le pide que le entregue posesión de su presencia, que se entregue a ella de veras en acabado y perfecto amor"⁴⁰, dándose todo al todo del alma. "Ello es ver a Dios; pero qué le sea al alma ver a Dios no tiene nombre más que aquello"⁴¹.

Aun el mejor teólogo adentrándose en el misterio de Dios sólo puede ver cómo Dios desaparece de su vista. S. Gregorio Nacianceno confiesa que "cuando intentaba en la contemplación ver el rostro de Dios "apenas pude ver las espaldas de Dios, y eso a pesar de que yo estaba todavía protegido por la roca, es decir, por el Logos hecho carne por nosotros... *Espalda de Dios* es todo lo que se puede conocer de Él tras su paso"⁴².

37 En el Antiguo Testamento hay aproximadamente 100 pasajes que se refieren al rostro de Dios. S. Agustín, "Enarratio in psalmum 104, 3", en *Obras completas* XXI, 819.

38 S. Juan de la Cruz, "Cántico B. Canc. 6, 2", en *Obras completas*, 762.

39 S. Juan de la Cruz, "Cántico B. Canc. 6, 6", en *Obras completas*, 763.

40 S. Juan de la Cruz, "Cántico B. Canc. 6, 2", en *Obras completas*, 762.

41 S. Juan de la Cruz, "Cántico B. Canc. 38, 6", en *Obras completas*, 889.

42 S. Gregorio Nacianceno, "Discurso 28", *Los cinco discursos teológicos*, 97. "Este misterioso texto ha desempeñado un papel fundamental en la historia de la mística judía y cristiana; a partir de él se intentó establecer hasta qué punto puede llegar el contacto con Dios en esta vida y dónde se sitúan los límites de la visión mística", Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 27. S. Juan de la Cruz afirma que "estas visiones tan sustanciales, como la de San Pablo, Moisés y nuestro padre Elías, cuando cubrió su rostro al silbo suave de Dios, aunque son por vía de paso, rarísimas veces acaecen y casi nunca y a muy pocos, porque lo hace Dios en aquellos que son muy fuertes del espíritu de la Iglesia y ley de Dios, como fueron los tres arriba

S. Gregorio de Nisa, en su obra *Sobre la vida de Moisés*, insiste en lo mismo: "la peña en la que entra Moisés, tal como la interpreta S. Pablo (1 Co 10, 4) es Cristo el cual contiene todo bien. Quien ha avanzado hasta este punto y ha estado protegido por la mano de Dios ése se sentirá llamar y verá la espalda del que llama, esto es: marchará detrás del Señor Dios, conforme prescribe la Ley"⁴³. La imagen le sirvió a Gregorio de Nisa para afirmar que en el camino de la vida espiritual Dios siempre precede al hombre, está delante de él y la comunión con Él se da siempre en la forma del seguimiento.

Ver a Dios no es otra cosa que seguirle. "Moisés que tiene ansias de ver a Dios, recibe la enseñanza de cómo es posible ver a Dios: seguir a Dios a donde quiera que Él conduce, eso es ver a Dios. Su *paso* indica que guía a quien lo sigue. Quien guía, yendo delante, muestra el camino a quien le sigue, y quien sigue no se apartará del buen camino si mira constantemente a la espalda de quien conduce"⁴⁴.

S. Juan de la Cruz va más lejos. El alma "no se contenta con el conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés (Ex 33, 23), que es conocerle por sus efectos y obras, sino con la haz de Dios, que es comunicación esencial de la Divinidad sin algún otro medio en el alma, por cierto contacto de ella en la Divinidad"⁴⁵. Sin embargo, no se ha de entender que la contemplación de la Divinidad sea clara; en esta vida es confusa, es *rayo de tiniebla*, como dice san Dionisio; y así podemos decir que es un rayo de imagen de fruición. Para explicarlo S. Juan de la Cruz recurre a la autoridad de Job: "púsose delante uno cuyo rostro no conocía; era imagen delante de mis ojos, y oí una voz de aire delgado" (Jb 4, 16). "Éste que se puso delante era Dios que se comunicaba. Y dice que *no conocía su rostro*, para dar a entender que en la tal comunicación y visión, aunque es altísima, no se conoce ni ve el rostro y esencia de Dios. Pero dice que era *imagen delante de sus ojos*, porque aquella inteligencia de palabra escondida era altísima; como imagen y rastro de Dios; mas no se entiende que es ver esencialmente a Dios"⁴⁶. En la *Llama de amor viva* nos da otra explicación parecida: "lo que yo entiendo cómo se haga este recuerdo y vista del alma es que, estando el alma en Dios sustancialmente, quítale de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poderle ver como Él es, y entonces traslúcese y viséase algo entreoscuramente (porque no se quitan todos los velos) aquel rostro suyo lleno de gracias"⁴⁷.

Se puede avanzar y crecer siempre, sin cesar, en la búsqueda de Dios en un progreso que nunca llega a su fin. "Dios habita en una luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver" (1 Tm 6, 16). El Inaccesible se da totalmente aun permaneciendo inaccesible. "Mira que, pues Dios es inaccesible, no repa-

nombrados", "Subida al Monte Carmelo, L. 2, xxiv," en *Obras completas*, 377.

43 S. Gregorio de Nisa, *Sobre la vida de Moisés*, 210-211.

44 S. Gregorio de Nisa, *Sobre la vida de Moisés*, 212.

45 S. Juan de la Cruz, "Cántico B. Canc. 19, 4", en *Obras completas*, 816.

46 S. Juan de la Cruz, "Cántico B. Canc. 14-15, 20", en *Obras completas*, 798.

47 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva. Canc. 4, 7", en *Obras completas*, 1031.

res en cuanto tus potencias pueden comprender y tu sentido sentir, porque no te satisfagas con menos y pierda tu alma la ligereza conveniente para ir a él"⁴⁸. El alma "va adelante a lo inaccesible, que es Dios, y así no es maravilla que no lo sienta. Lo importante es cumplir el precepto de amar a Dios sobre todas las cosas"⁴⁹.

Nos adentramos en el misterio divino, lejos de pensamientos definidos. La divinidad solitaria, como inmensidades de arena, lleva el fondo del alma libre al desierto. La voz de Dios se oye en el desierto de Dios. Caminamos a oscuras a través del silencio de Dios, solos en Su mirada. "La sabiduría mística algunas veces de tal manera absorbe al alma y sume en su abismo secreto, que el alma echa de ver claro que está puesta alejadísima y remotísima de toda criatura, de suerte que le parece que le colocan en una profundísima y anchísima soledad donde no puede llegar alguna criatura humana, como un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin"⁵⁰.

Es como un peso enorme ese silencio divino. La perspectiva de tener que atravesar el desierto de Dios horroriza tanto a la mayoría de las personas que se niegan a entrar en sus ardientes arenas y a caminar entre sus rocas. No pueden creer que tienen que encontrar la contemplación y la santidad en una desolación donde no hay alimento, refugio ni refrigerio para su imaginación, su intelecto y los deseos de la naturaleza. Y, sin embargo, "para acertar a juzgar las cosas de Dios, totalmente se ha de echar el apetito y gusto fuera, y no las ha de juzgar con él; porque infaliblemente vendrá a tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios por de Dios"⁵¹.

C: MI AMADO: *El sueño originario: la divinización del hombre*

"Las utopías nacen solamente dentro de aquellas culturas donde se encuentra claramente diseñada una edad feliz que desapareció y con ella una imagen, si no idea, del hombre liberado de la servidumbre actual. Quizá la imagen, aun no tenida en cuenta por quien edifica la utopía, tenga mayor fuerza atractiva, mayor eficiencia que la idea misma. Pues de la imagen viene cuanto hay de audacia, de atrevimiento que fuerza a la mente a edificar una utopía"⁵².

Las utopías tienen su origen en la nostalgia de un paraíso perdido, de una vida perfecta que es preciso y posible recuperar. Deseo supremo del paraíso, quintaesencia y símbolo de toda espera. La sombra del paraíso perdido acompaña siempre. El paraíso gime en el fondo de la conciencia, mientras la memoria llora. El paraíso reside en nosotros como un dato supremo, como una dimensión de nuestro yo original, fundamento de nuestras nostalgias y esperanzas. Y en los dos puntos extremos que marcan el horizonte humano, el pasado perdido y el futuro a crear, resplandece la sed y el ansia de una

48 S. Juan de la Cruz, "Dichos de luz y amor. 54", en *Obras completas*, 157.

49 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva, 3, 52", en *Obras completas*, 1004.

50 S. Juan de la Cruz, "Noche oscura. L. 2. C. 17, 6", en *Obras completas*, 565.

51 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva. Canc. 3, 73", en *Obras completas*, 1019.

52 Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, FCE. 308.

vida divina sin dejar de ser humana. Alcanzar esa vida es recobrar el paraíso perdido.

En la nostalgia del Paraíso se despierta una nostalgia aún más primaria y original, la de la fuente primaria y pura de la vida, la del Padre que nos ha engendrado y elegido como hijos. La aproximación de Dios debe parecerle al hombre la sabiduría y la verdad totalmente otra y la plenitud incomprensible de lo suyo. Cuando el hombre entra en la inmensidad de Dios experimenta cómo lo lleva más allá de todo lo que él mismo puede proyectar, abarcar, desear y resistir con sus propias fuerzas. Esta superación de todo lo propio conduce al hombre al ámbito abierto de lo divino. El cielo de Dios va colmando más y más la sed de infinito del hombre que se yergue hacia la altura tirado por la dinámica de sus aspiraciones.

Dios, que ya se hacía presente en el paraíso “con la brisa del atardecer”, nos manifiesta su misterio del cielo. El Hijo desciende y con él resulta el cielo perceptible en la tierra: “Quien me ve a mí está viendo al Padre” (Jn 14, 9). “Veréis el cielo quedar abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar por el Hombre” (Jn 1, 51). El anhelo humano de escudriñar el misterio de Dios queda apaciguado sobreabundantemente con la llegada de Dios a la casa del hombre.

Acogiendo el misterio de Jesús sentimos cómo se abre un ámbito de infinita intimidad y hondura, un ámbito lleno de plenitud. Jesús proclama que el poder de Dios se acerca vehemente y quiere perdonar, santificar, iluminar, transformar y dar a todo un nuevo ser, surgido de la gracia. A la presencia y energía divinas que actúan en el mundo Jesús las llama el Reino de Dios. El Reino de Dios es la revelación de la inmanencia de Dios que brota por doquier. Su presencia la perciben los pájaros que revolotean confiados sin sembrar ni segar y la captan las flores que crecen en los prados y en los márgenes de los caminos sin hilar ni trabajar (Mt 6, 25-33). La naturaleza se despliega sin agobiarse porque está inmersa en esta presencia.

Jesús anuncia la cercanía del Reino. Sólo hay que abrirse para percibirla. Esta apertura conduce a una conversión: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el reinado de Dios. Enmendaos y tened fe en esta buena noticia” (Mc 1, 15; Mt 3, 2). Con ella hacemos que el Reino de los cielos esté a nuestro alcance (Lc 17, 21). El Reino de Dios escondido, presente e invisible (Lc 17, 20), se acerca y pide que se le franquee la entrada. El Reino permanece cercano; para entrar en él “hay que cambiar y hacerse tan poca cosa como un chiquillo” (Mt 18, 3).

Aceptar a Jesús es optar por una forma de vida que reproduce la forma y el estilo de vivir que Jesús ha instaurado como realización del Reino de Dios, expresados en las Bienaventuranzas. El Reino de los cielos es, ante todo, la vida en la filiación divina: la certeza embriagadora de estar protegido por el amor del Padre y experimentar de manera siempre nueva e inesperada su bondad. La palabra secreta y misteriosa del Padre, como un hálito ligero, se insinúa dulcemente en el fondo más íntimo de nuestro ser; así el hombre vive sintiendo el sabor de Dios. “Estar unido al Señor es ser un Espíritu con Él; todo queda transformado en cierto afecto divino; lleno ya de Dios, no se puede

sentir o saborear sino a Dios y lo que Dios siente y saborea. Dios es amor, y cuanto más unido se está a Dios, tanto más lleno de Él se vive⁵³.

Si acogiéramos por la fe el Reino de Dios sentiríamos presente a Dios en todo momento por un encuentro permanente y viviente con Él, lo captaríamos como Aquél que da sentido a todos los acontecimientos de la vida; su Palabra nos alcanzaría: sabríamos, estremecidos y dichosos, que nuestra persona humana no es más que la manera en que Dios nos llama y el modo en que debemos corresponder a su llamamiento; comprenderíamos que no somos más que obra suya, viviríamos en el universo como en nuestra casa, gozando de su inmensidad sin sobresalto ni extrañeza, todo nos sería familiar; “como la abeja que saca de todas las hierbas la miel que allí hay y no se sirve de ellas más que para esto, así también de todas las cosas que pasan por el alma, con grande facilidad sacaríamos la dulzura de amor que hay, amando a Dios en ellas⁵⁴; viviríamos “el deleite grande de conocer por Dios las criaturas y no por las criaturas a Dios; que es conocer los efectos por su causa y no la causa por los efectos, que es conocimiento trasero, y esotro esencial⁵⁵.”

En Jesús, el paraíso no es ya una imagen, sino Alguien. Cristo que estaba junto a Dios, que es una sola cosa con el Padre, que participa de la gloria, el amor y la vida del Padre, puede comunicarnos gloria, amor y vida. Por eso es la Vida y Luz de los hombres. Él es el amor de Dios que puede ser amado como un Tú. Ser discípulo suyo significa existir divinamente, vivir la gracia y tener familiaridad con Dios. Transformarse en Él es vivir el misterio del Reino, entrar en el Paraíso. “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23, 43).

El hombre nace de nuevo; re-nace de Dios Padre en Cristo por el Espíritu Santo; nace a la comunidad de la vida divina. Entre él y su Dios se da la relación amorosa de Padre e hijo; Hermano y hermano. Nuestra relación personal con Cristo obra la divinización del hombre. Quien ama a Jesús es amado del Padre. Injertados en Cristo por el bautismo, participamos del amor y de la misma vida de Dios, que Él recibe del Padre. “*Abbá, Padre*”, la palabra más característica de la experiencia de Jesús, se convierte en el núcleo de la experiencia cristiana⁵⁶. Del hontanar insondable de Dios brota torrencialmente el Espíritu que penetra y llena a Jesús. De modo que de las entrañas de Jesús brota un manantial de agua que se comunica a cuantos creen en Él. En las entrañas de los creyentes se convierte en manantial de vida, cuyas aguas nos conducen hasta Dios.

Se vive una fusión misteriosa entre lo humano y lo divino. Dios y el hombre entrelazados: “la gloria que tú me has dado se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno – yo identificado con ellos y tú conmigo”

53 S. Bernardo, “Sermones sobre el Cantar de los cantares. Sermón 26”, en *Obras completas* V, 373.

54 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Canc. 27, 8”, en *Obras completas*, 851.

55 S. Juan de La Cruz, “Llama de amor viva. Canc. 4, 5”, en *Obras completas*, 1030.

56 Papa Francisco, *Lumen fidei*, 19.

(Jn 17, 22-23)⁵⁷. Se trata de la lógica de la inhabitación mutua de la que habla Jesús: "Permaneced unidos a Mí, como yo lo estoy a vosotros" (Jn 15, 4).

Lejos de ser algo esotérico y peligroso la unión con Dios es el término normal de la vida cristiana: "Para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros... Yo les he dado la gloria que Tú me diste, a fin de que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí... Yo les di a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Jn 17, 21-26).

Estas palabras son las más altas del cuarto evangelio, las más elevadas y desconcertantes de toda la sagrada Escritura. El amor de Dios al hombre y del hombre a Dios se revela como misterio: es participación de la vida íntima de Dios y tiene sus leyes y sus condiciones en la relación inefable del Padre con su Hijo unigénito y del Hijo con su Padre. Antes de amar al hombre Dios ama a su Hijo y ama luego al hombre en su Hijo, y de este modo el hombre ama también a Dios en el amor mismo del Hijo a su Padre celestial. El Padre ama a Jesús y Jesús ama al Padre: en este amor eterno e infinito está su unidad. A esta unidad están llamados los hombres y son atraídos a ella por la potencia de este mismo amor.

La deificación del hombre es el más intenso anhelo de futuro humano: "seréis como dioses", promete la serpiente, esa oruga de la diosa razón. El "seréis como dioses", la tentación prometeica, es la tentación tipo; su emergencia recurrente en las diversas antropologías atestigua que estamos ante otra de las tendencias incoercibles de lo humano. Con Jesús, el deseo de ser como Dios, que era la tentación descrita en el Génesis, ha quedado cumplido. Llevamos a Dios dentro como la sustancia de lo que esperamos⁵⁸. Como escribe Blondel en su gran obra *La Acción*: "el hombre aspira a ser dios: ser dios sin Dios o contra Dios, ser dios por Dios y con Dios, éste es el dilema"⁵⁹.

Todas las obras de S. Juan de la Cruz giran en torno a la idea nuclear de la unión con Dios. Unión que es transformación en Dios, endiosamiento del alma. En el prólogo a la *Llama de amor viva*, cuyas canciones "tratan de la muy íntima y calificada unión y transformación del alma en Dios"⁶⁰, nos dice que en las canciones del *Cántico* ya "ha hablado de ese perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios".

Nadie como S. Juan de la Cruz nos ha hablado de la trascendencia de Dios, de la oscuridad de nuestra vivencia de su misterio. Y nadie como él nos ha hablado de la presencia de Dios, escondido en nuestro más profundo centro,

57 Santa Ángela de Foligno, *Libro de la vida*, 115

58 "La espera, suponiendo que sea un esperar esencial, es decir, un esperar absolutamente decisivo, se basa en nuestra pertenencia a aquello que esperamos", M. Heidegger, *Serenidad*, 58.

59 Blondel, M., *La Acción*, 356.

60 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva", en *Obras completas*, 911.